

¡Y vaya si quería yo a mi juventud! Reflexiones sobre la idea de juventud a partir de la autobiografía, *Impresiones y recuerdos* (1893), de Federico Gamboa

Wow if I loved my youth! Thoughts on the Idea of Youth Starting from the Autobiography, *Impressions and memories* (1893), by Federico Gamboa

JULIÁN VÁZQUEZ ROBLES

Instituto de Filosofía (IFS) del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)
julianvaro67@gmail.com

Resumen: Este artículo analiza algunas de las ideas alrededor del concepto de juventud que el escritor y diplomático decimonónico Federico Gamboa (1864-1939) utilizó para sustentar muchas de las vivencias que dan forma a su autobiografía: *Impresiones y recuerdos* (1893). De forma concreta, se desgrana el citado texto para analizar las posturas narrativas que el confeso utiliza para construir su “discurso autenticador” (Pozuelo Yvanco, 2006); a la par, se contrastan con algunas ideas de sus contemporáneos. El precoz confeso juega con la variable juventud, no solo como un argumento más para editar a temprana edad sus memorias (28 años), sino como una suerte de ariete que le ayuda a abrirse paso entre sus contemporáneos y de paso justificar su pasado, el cual se aleja de las normas y rituales que la clase media mexicana decimonónica definían como deseables o idóneas. Más allá del carácter provocador del autor, este tipo de fuentes documentales, englobadas en la categoría de los papeles personales, permiten acercarse a los anhelos y los imaginarios de la clase media mexicana de una época en particular: el porfiriato (1876-1911).

Palabras clave: Federico Gamboa, papeles personales, juventud, autobiografía, memoria.

Abstract: This article explores some of the ideas surrounding the concept of youth, especially those that the nineteenth-century writer and diplomat Federico Gamboa (1864-1939) uses to sustain many of the experiences that shape his autobiography: *Impressions and Memories* (1893). Specifically, the above-mentioned text is described in order to analyze the narrative postures that Gamboa used to construct his ‘authentic discourse’ (Pozuelo Yvanco, 2006); at the same time, this text is contrasted with some ideas of his contemporaries. The precocious confessor plays with the youth variable, especially to

Recibido: 20 de noviembre de 2017; aceptado: 11 de julio de 2018; publicado: 30 de marzo de 2019.

Revista Historia Autónoma, 14 (2019), pp. 95-112

DOI: <https://doi.org/10.15366/rha2019.14.005>



edit his memoirs at an early age (28 years old), but also to make himself a place among his contemporaries and justify his past, which is far removed from what the rules and rituals of the Mexican middle-class defined as desirable or suitable. Beyond the provocative character of the author, this type of documentary sources, included in the category of personal papers, allow us to approach the desires and imaginary of the Mexican middle class of a particular era: porfiriato (1876-1911).

Keywords: Federico Gamboa; personal papers; youthfulness; autobiography; memory.

1. Prolegómenos

Los llamados papeles personales (autobiografías, diarios, memorias, epístolas) gozan aún en este primer tercio del siglo XXI de muy buena salud; su impacto, resonancia y preferencia entre los lectores, críticos e investigadores así lo demuestran. El mercado editorial generosamente continúa dando cabida a los relatos en primera persona de personajes variopintos que, cual péndulo, transitan desde el efímero mundo del espectáculo y la política hasta el añejo ámbito de la aristocracia.

Pero los relatos autorreferenciales existen desde tiempo atrás, mucho antes de que el mundo virtual redefiniera las reglas del juego de la exhibición del yo, y esas narraciones dan cuenta de la necesidad de algunas personas por explicitar su actuar pretérito, así como por compartir lo andado o, en algunos casos, de lo útil que resultan este tipo de confesiones para construir nuevas identidades o ajustarlas ante ciertos parámetros de la existencia¹.

En cualquier caso, los egodocumentos, en franca complicidad con los lectores, se abren como habitaciones llenas de espejos en las que los reflejos pueden ser utilizados como una forma de entretenimiento o incluso como un modelo de conducta o manual de instrucciones para las distintas etapas y situaciones de la vida. De entre todos estos escritos en primera persona, la autobiografía tiene ganado su lugar de honor por sí misma².

¹ Como ejemplos están las falsas memorias de aquellas personas que se presentaban como sobrevivientes del Holocausto o las memorias modificadas de personajes como Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz 1992, y muchísimos casos más. Confrontar: Stoll, David, *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*, U.S.A., Westview Press, 1999; Braunstein, Néstor, *La memoria, la inventora*, México, Siglo XXI, 2008; del mismo autor, *La memoria del uno y la memoria del otro*, México, Siglo XXI, 2012. La novela sobre un caso en particular de falso testimonio, de reciente publicación y debate: Cercas, Javier, *El impostor*; España, Random House, 2014.

² Georges Gusdorf en 1956 (“Condiciones y límites de la autobiografía”, en Loureiro, Ángel G. (coord.), *La autobiografía y sus problemas teóricos: Estudios e investigación documental*, Suplementos Anthropos, 29 (1991), pp. 9-18.), destaca el carácter occidental de los textos memorialistas. Roy Pascal (*Design and Truth in Autobiography*, E.U.A., Routledge & Kegan Paul, 1960) señala las *Confesiones* de San Agustín como el punto de partida de la autobiografía, y recuerda la exigencia cristiana de la confesión de los pecados. Paul De Man (“Autobiography as De-facement”, en *MLN, Comparative Literature*, The Johns Hopkins University Press, 94, 5 (1979), pp. 919-930) habla de la prosopopeya como el tropo que rige toda autobiografía. Uno de los textos más recurrentes sobre el tema es el de Philippe Lejeune de 1975 (“El pacto autobiográfico”, en *La autobiografía y...*, *op. cit.*, pp. 47-61) con su análisis sobre las múltiples posibilidades de estudio (histórico, íntimo o psicológico). En fechas recientes:

Para Silvia Molloy, hubo un tiempo en que a la autobiografía “se le había contextualizado dentro de los discursos hegemónicos de cada época, se les declaraba historia o ficción y rara vez se les adjudicaba un espacio propio”³. Para superar la idea de que este era un género mudo o menor, y para permitir que el texto impusiera sus propias condiciones y límites, había que dejarlo expresarse desde el lugar donde era creado (a partir del *yo* que narra), ya que “la autobiografía no depende de los sucesos sino de la articulación de esos sucesos, almacenados en la memoria y reproducidos mediante el recuerdo y su verbalización”⁴.

Es decir, el acto de exhibir el *yo* al escrutinio (o aprobación) del otro no debe asumirse como una simple transcripción de experiencias vividas o una suerte de red tejida con falsedades y mentiras. Como reflexiona José María Pozuelo Yvancos: “quien dice *yo* narra su vida pasada [...] como la *verdad* y construye un discurso autenticador, el autobiográfico, que pretende sea leído como la verdadera imagen que de sí mismo testimonia el sujeto, su autor”⁵. Y es ahí, en ese discurso autenticador, en esa concatenación de las experiencias narradas, donde que conviene enfocar la mirada.

2. El personaje y la fuente

En el México decimonónico poca gente se atrevió con el género autobiográfico, al menos en lo que respecta a libros editados. La costumbre fue tirar más de las memorias. Juan Díaz Covarrubias en 1857 (*Impresiones y sentimientos*) y Pedro Castera en 1882 (*Impresiones y recuerdos*) se asomaron tímidamente por esos terrenos; pero quien dio dos pasos al frente, y con apenas veintiocho años, fue el escritor y diplomático Federico Gamboa (1864-1939).

Gamboa es un escritor y dramaturgo que conoció el éxito y el aprecio del público en vida. Siete novelas y cinco obras de teatro le concedieron un espacio propio entre la intelectualidad de la época. Su obra memorialista incluye una autobiografía, *Impresiones y recuerdos* (1893) y siete diarios (cinco fueron publicados en vida: 1908, 1910, 1920, 1934 y 1938; y dos más fueron editados de forma póstuma: 1995, 1996) conocidos como *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros*. El corpus cubre de forma casi continua más de cuarenta años de su existencia.

Arfuch, Leonor, *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*, Buenos Aires, FCE, 2013; Franco, Sergio R., *In(ter)venciones del yo. Escritura y sujeto autobiográfico en la literatura hispanoamericana (1974-2002)*, Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2012; Casas Janices, Ana, *Fabulaciones del yo. Nuevas aproximaciones críticas a la autoficción*, Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2014.

³ Molloy, Sylvia, Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica, México, COLMEX, FCE, 2001, p. 12.

⁴ *Ibidem*, p. 16.

⁵ Pozuelo Yvancos, José María, *De la autobiografía. Teorías y estilos*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 24.

Publicar una autobiografía antes de cumplir los treinta obedece a varias razones, aunque quizá la principal sea la de dotar de sentido al pasado reciente, especialmente frente a las nuevas realidades que el joven confeso asume como su irremediable camino: ser un hombre de letras, y diplomático; aunque no por ello queda fuera la carga de ego que conlleva el acto y la dosis de visibilidad/aceptación que resulta evidente ante la premura. Además, este acto puede enmarcarse como un claro ejemplo del sujeto decimonónico que adopta su individualidad como un derecho, pero también como una obligación⁶, especialmente en su papel de “testigo y mensajero de la memoria, como *go between* que conecta un pasado para siempre y definitivamente perdido con una nueva vida, imprevisible, en el lector y en una estirpe de lectores sucesivos”⁷.

Si bien los cuatro años como periodista en la Ciudad de México (1885-1888) y una aventura como adaptador teatral de una opereta francesa al español (1888) le han servido a Gamboa para dar sus primeros pasos en aquel oficio de verter negro sobre blanco, será la unión de cuatro momentos más los que darán los toques finales al personaje. El primero es el viraje que da su rutina de joven bohemio/periodista/escribiente al presentarse al examen en el Ministerio de Relaciones Exteriores y ser aceptado en el cuerpo diplomático mexicano (octubre de 1888); el segundo es su ingreso como miembro extranjero de la Academia correspondiente de la Real Española (noviembre de 1889), gracias a su primera novela (*Del natural: esbozos contemporáneos*: compuesta de cinco novelas cortas, publicada ese mismo año durante una estancia laboral en Guatemala), y a la simpatía que le profesan ciertos intelectuales guatemaltecos; el tercero es la incorporación exitosa en las reuniones semanales con la intelectualidad bonaerense. América Viveros Anaya comparte:

“Para diciembre de 1892, Gamboa era una firma de sobra conocida por la pequeña intelectualidad porteña, el grupo de pares. [...] Que el artículo autobiográfico de Gamboa apareciera en las primeras páginas de la revista; que fuera seguido por un artículo del exitoso *causeur* Lucio V. Mansilla [...] y que en ese mismo número se encuentre un poema (nada menos que) de Rafael Obligado dedicado “Al mexicano Federico Gamboa (en su álbum)”, debe leerse como el enmarcamiento de una personalidad”⁸.

⁶ Como apunta don Daniel Cosío Villegas, “el individualismo se acentuó notablemente entre los miembros de la clase media de toda la nación [...] Esto se debió en alguna medida a los avances [...] de la instrucción [...] a la difusión de la prensa y al mejoramiento general de los medios de comunicación”. Cosío Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México, vol. IV. “El Porfiriato. Vida Social”*, México, Hermes, 1957, p. xviii.

⁷ Braunstein, Néstor, *La memoria, la inventora... op.cit.*, p. 25.

⁸ Viveros Anaya, Luz América, *El surgimiento del espacio autobiográfico en las letras mexicanas. El caso de Impresiones y recuerdos (1893) de Federico Gamboa*, tesis doctoral, El Colegio de México, 2014, p. 169.

Y el cuarto de estos momentos es, sin duda, la publicación de su autobiografía *Impresiones y recuerdos*⁹, la cual está formada por diecisiete capítulos¹⁰, en los cuales Gamboa describe algunas de sus experiencias tanto en la Ciudad de México entre 1864 y 1888; en Nueva York en el periodo 1880-81; en Guatemala de finales de 1888 a mediados de 1890; así como en Londres (quince días) y París (siete meses) en 1890 y Buenos Aires de 1891 a 1893. No pretendo sobredimensionar lo que estos viajes y estancias pudieron o no hacer en su proceso de formación como individuo, pero es obvio que Gamboa tenía material diverso para explorarlo en este tipo de relatos.

Esta suerte de breves cuentos, como recuerda el maestro Pacheco, “tienen valor como relatos en sí mismos. Sin embargo, el todo que forma *Impresiones y recuerdos* es superior a la suma de sus partes”¹¹. Y así es, ya que además de las experiencias vividas en ciudades distintas a la del nacimiento o sus aventuras en el mundo nocturno con mujeres (conocidas como las “exiliadas de la dicha”), también incluyen sus experiencias en el periodismo del último tercio del siglo XIX en la Ciudad de México; el proceso de escritura y publicación de su primera y segunda novela, o las muchas y variadas lecciones que recibió en aquellas reuniones con intelectuales, diplomáticos y gente famosa en la Argentina finisecular. En este último punto es importante destacar que las experiencias vividas en su periodo argentino fueron determinantes para el andamiaje de su autobiografía, tal como lo investigó Viveros Anaya, quien asegura que “Federico Gamboa recoge tópicos y recursos, pero no solo como un lector atento, sino como participante de la cultura y sociedad porteñas, con su demanda de intimidades públicas o publicables¹²”, y es que la Argentina del siglo XIX se distingue precisamente por abrazar con pasión la autobiografía como género narrativo¹³.

Impresiones y recuerdos apareció precisamente en Buenos Aires, ya que Federico Gamboa estaba cumpliendo con el encargo de segundo secretario de la legación mexicana en aquel país (y Brasil)¹⁴. Este libro vendrá a ser el tercer texto de su producción: además del ya mencionado

⁹ A la fecha de este artículo, conozco tres ediciones de la obra. La primera es de 1893, en Buenos Aires, Arnoldo Moen editor, la cual tendrá una primera reimpresión en 1922, con quien sería su editor por muchos años en México, Eusebio Gómez de la Puente. La segunda es de 1994, México, como parte de una serie llamada *Memorias Mexicanas* que editó el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), con nota preliminar de José Emilio Pacheco. La tercera aparece dentro de una antología preparada por Adriana Sandoval (selección, estudio preliminar y cronología), intitulada *Todos somos iguales frente a las tentaciones*, editada en 2012, en México, para la Colección Biblioteca Americana, serie Viajes al siglo XIX, del Fondo de Cultura Económica (FCE), en conjunto con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Fundación para las Letras Mexicanas (FLM).

¹⁰ I. La última armonía; II. La conquista de Nueva York; III. En primeras letras; IV. Me hacen periodista; V. Malas compañías; VI. Un salón artístico; VII. El lunes; VIII. Ignorado; IX. Un rapto; X. De viaje; XI. En Guatemala; XII. Mi primer libro; XIII. En Londres; XIV. En París; XV. Tristezas del *boulevard*; XVI. En Buenos Aires; XVII. Historia de apariencias.

¹¹ Pacheco, José Emilio, “Nota preliminar” en Gamboa, Federico, *Impresiones y recuerdos*, México, CONACULTA, 1994, p. XII.

¹² Viveros Anaya, Luz América, *El surgimiento del espacio... op. cit.*, p. 130.

¹³ Para profundizar sobre el periodo argentino de Gamboa, consultar: Viveros Anaya, América, *El surgimiento del espacio autobiográfico en México. Impresiones y recuerdos (1893), de Federico Gamboa*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2015. También, Prendes Guardiola, Manuel, *La novela naturalista de Federico Gamboa*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2002.

¹⁴ Si bien Gamboa cubrió los costos de impresión de *Impresiones y recuerdos* de su bolsillo, el librero Arnoldo Moen ofreció su nombre como editor; además, se encargó de la venta y la distribución de los ejemplares. El libro apareció en las librerías de Buenos Aires el 7 de junio de 1893.

Del Natural, Gamboa había publicado para 1892, igualmente en Buenos Aires, su primera novela larga, *Apariencias*.

La autobiografía del joven diplomático generó, tanto en Argentina como en México, una serie de reacciones, especialmente negativas, en las que se alegaba la falta de tacto por parte de un miembro de la Real Academia al hacer públicas sus inclinaciones y aventuras con algunas integrantes del bello sexo (fuesen “irredentas de profesión” o casadas infieles), así como por ventilar algunas prácticas que muchos de ellos (varones, y en algunos casos, jóvenes), si bien formaban parte inherente de esos rituales, preferían no nombrarlas, y en otros casos, negarlas categóricamente como inexistentes o simplemente vedadas para ser puestas en la escena pública.

Para la prensa católica mexicana, a pesar de lo “elegantemente impreso”, *Impresiones y recuerdos* contenía “artículos de un crudo realismo y de una franqueza excesiva al referir ciertos hechos que mejor habría sido dejar en el tintero”¹⁵. Sin embargo, otros periódicos decidieron que algunos capítulos podían ocupar sus primeras planas. Por ejemplo, en *El Partido Liberal*, del domingo 27 de agosto de 1893, apareció el capítulo más amable de la autobiografía: “Un salón aristocrático” (en la edición de 1893 del libro es nombrado “Un salón artístico”), y en *El siglo diez y nueve*, el sábado 2 de septiembre de 1893, publicaron “Tristezas del boulevard”, capítulo en el que se cuenta la fugaz relación que el diplomático mantuvo con una “mujer de tarifa” en París.

Entre las muchas reacciones, hay dos artículos periodísticos que comprenden bastante bien al autor y a la obra. El primero es del poeta argentino Rafael Obligado, quien, antes que nada, aleja los fantasmas que suelen azuzar a todo egodocumento al señalar que “una autobiografía, cuando es sincera, es el estudio de un caso humano [...], lo que en este caso importa es el hombre en sí mismo, el estudio de sus pasiones, su manera de ver y sentir cuanto le rodea”. Y remata la idea con una elegante observación para el contenido del texto: “¿Te has detenido donde el decoro termina y asoma la licencia? Como soy incapaz para la crítica no acierto con la respuesta”¹⁶. El segundo de los artículos está firmado por el mexicano Duque Job (Manuel Gutiérrez Nájera):

“Es Federico Gamboa este libro [...] El Federico más inacadémico posible; el despejado y listo bohemio, muy parecido a los pintados por Mürger, gastador contumaz e impenitente de su amor, de su salud y de su ingenio [...] Estas *Impresiones y recuerdos* [...] me dan cabal idea de la transformación que ha operado en el bohemio que colgó los hábitos a tiempo, en el gitano que dejó la hampa y es hoy un escritor, un verista, acaso un psicólogo sin saberlo [...] Así era entonces, como él se pinta, o más bien, como él se desviste”¹⁷.

¹⁵ Anónimo, *El Tiempo*, 26 de agosto de 1893, p. 2.

¹⁶ Obligado, Rafael, “Carta de Rafael Obligado sobre *Impresiones y recuerdos*”, en *El Partido Liberal*, 23 de septiembre de 1893, p. 2.

¹⁷ Duque Job (Gutiérrez Nájera, Manuel), “Federico Gamboa”, en *El Partido Liberal*, 27 de agosto de 1893, p. 1.

Para Gutiérrez Nájera es palpable en el texto “esa falta de escrúpulos que le permiten decir con cierta encantadora ingenuidad cosas y cosas que no son para dichas, y mucho menos cuando se trata de uno mismo”¹⁸. Esta cualidad de simpático e ingenioso aparece desde sus inicios en el periodismo, ya que de acuerdo con algunos intelectuales de la época, Gamboa, conocido como el Pajarito, era, además de afecto a las fiestas y bailes con gente de dudosa moral, un joven de clase media con una educación por encima de la media, trilingüe y poseedor de la apreciada habilidad de la conversación inteligente: “De continente simpático, vivaz, insinuante, [Gamboa] habla con despejo, hace citas oportunas y produce alegría en cualquier grupo”¹⁹.

Las otras opiniones van desde el comentario amable: “Has hecho de tu libro un espejo en que reflejaste tu vida, y lo que es peor [...] también la de los demás. ¿Quedarán todos contentos de tus indiscreciones?”²⁰, hasta la advertencia: “Se cuentan en él todas las insanias del libertinaje, se describen los lugares de corrupción y los ardides y procedimientos del vicio, iniciando al lector en los apetitos y voluptuosidades de la carne”²¹.

No está de más recordar que “la literatura del yo pone en juego no solo la descripción de una primera persona, sino también el tejido cultural de una época”²². En este sentido, las experiencias compartidas por Gamboa llevan implícitas una serie de normas, valores y reglas sociales de una época; en este caso, muy poco del llamado Segundo Imperio²³ y mucho del periodo conocido como el porfiriato²⁴, desde una clase social determinada, representada por la heterogénea clase media mexicana.

3. Bendita juventud

A Gamboa, como al grueso de las personas de la época, le toca en la ruleta de la vida ganar y perder de forma tan aleatoria como repentina: así como conoce lo que es vivir una infancia cómoda, dentro de una familia bien posicionada en lo económico como en lo social (casa de diez balcones y dos pianos de cola), también aprende lo que significa ser huérfano a temprana

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Dr. Ortiga, “Del natural, el primogénito de Federico Gamboa”, en *El Diario del Hogar*, 6 de febrero de 1890, p. 1.

²⁰ Brummel (Puga y Acal, Manuel), “A Federico Gamboa”, en *El Partido Liberal*, 14 de septiembre de 1893, p. 2.

²¹ L.R.F., “Libros. *Versos*, por Carlos Roxlo. *Impresiones y recuerdos*, por Federico Gamboa”, en *El Argentino*, 20 de junio de 1893, p. 1, reproducido en Viveros Anaya, América, *El surgimiento... op. cit.*, p. 248.

²² Maíz, Claudio, “Para una poética del género autobiográfico: El problema de la intencionalidad”, en *RILCE: Revista de Filología Hispánica*, 16, 3 (2000), p. 604.

²³ Dicho del periodo comprendido entre 1864 y 1867 en el que se intentó formar y consolidar un gobierno monárquico con las figuras de Maximiliano de Habsburgo y Carlota de Bélgica.

²⁴ El término *porfiriato* sirve para referirse la “época en que Porfirio Díaz fue presidente de México”, de acuerdo con en el *Diccionario breve de mexicanismos* de Guido Gómez de Silva: «<http://www.academia.org.mx/obras/obras-de-consulta-en-linea/diccionario-breve-de-mexicanismos-de-guido-gomez-de-silva>» [consultado el 12 de mayo de 2017]. El porfiriato duró de 1877 a 1880 y de 1884 a 1911. El presidente de la República, durante el periodo 1880-1884, fue el general Manuel González.

edad (de madre a los diez años y de padre a los dieciocho), o despertarse un día joven y pobre. Por ello, no es de extrañar que Gamboa teja su relato autorreferencial con el cáñamo de dichas condiciones de orfandad y desclasamiento, encerado con el óleo de la juventud.

Dichas condiciones (joven, huérfano y nuevo pobre) aparecen estrechamente vinculadas a una naturaleza que el autor describe como un “temperamento de meridional precoz y voluptuoso”²⁵, el cual habrá de servirle como brújula frente a su despertar sexual, así como para sus aventuras con hetairas y mujeres casadas. La conjugación de estas cuatro variables, básicamente, son la principal rima en *Impresiones y recuerdos*.

Por ejemplo: abandonar la escuela de jurisprudencia en el cuarto ciclo (el cual estaba cursando por segunda ocasión)²⁶ es para el literato el resultado lógico dada su condición de desamparado y, por supuesto, dada su juventud, la cual parecía exigirle el pago de una cuota por tener 20 años: “Me preparaba sin ningún aliciente, porque ya había quedado huérfano, ya no tenía a quien obedecer ni a quien dar gusto; podía seguir mis impulsos propios, tan malos y tan románticos como los de cualquier muchacho de mi edad”²⁷. En la dedicatoria a su hijo (la cual aparece en sus dos primeros diarios: 1908, 1910), el diarista le advierte que, si su comportamiento en el pasado es condenable, se debe básicamente a que las mencionadas variables se le presentaron todas juntas y en las mocedades: “Amotinamiento de buenos y malos instintos, una voluntad pequeñina, tirando a enferma, balbuceante, torpe, y una ausencia total de dineros, de ropa, de casa, ¡teniendo que alimentar y que vestir a toda una juventud libre!”²⁸.

A pesar de lo anterior, es claro en todo el egodocumento que el concepto más importante es el de juventud, el cual no solo pretende funcionar como un paraguas para cobijarse frente a la lluvia de críticas (pasadas, presentes y futuras), sino a manera de bisagra que explica, en tanto que vincula, los comportamientos y las decisiones (buenas o malas) pretéritas, con la actual posición de escritor (y diplomático), en el entendido de que, si se cometieron faltas a la moral o se probaron manzanas prohibidas, todas esas experiencias de juventud son puestas hoy al servicio de un oficio meritorio y útil, el cual no puede seguir siendo considerado parte del ocio o como fuente de peligros, ya que la escritura denota civilidad y progreso.

Mientras Gamboa intenta construir la explicación completa deja entrever que, si el sujeto es considerado un joven, entonces está autorizado para disfrutar de todas las prerrogativas de la edad (y en algunos casos de la condición social y el sexo), sin embargo, también aclara que este derecho tiene un carácter coercitivo, ya que además de otorgar el permiso, establece la obligación de hacer. Así, al juntar el “tú puedes” con el “tú debes”, queda firmado el pacto que,

²⁵ Gamboa, Federico, *Impresiones y recuerdos*, Buenos Aires, Arnoldo Moen editor, 1893, p. 52.

²⁶ De acuerdo con el plan de estudios de 1884 de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el cual mantuvo su vigencia con ligeras variantes hasta 1910, la carrera para licenciarse como abogado o como notario era de seis ciclos (años), con dos materias por año. Consultar: Vázquez Robles, Julián, “Federico Gamboa y la educación formal: del olvido al diseño de una ruta de formación”, en *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, 3, 2 (2014), pp. 73-95. «<http://www.rmhe.somehide.org/index.php/revista/article/view/102/112>» [consultado el 12 de mayo de 2017.]

²⁷ Gamboa, Federico, *Impresiones y recuerdos...*, Buenos Aires, op. cit., p. 57.

²⁸ Gamboa, Federico, *Mi diario, primera serie I*, México, Imprenta de la Gaceta de Guadalajara, 1908, p. VII.

como señala Han, dice: “Quien fracasa es, además, culpable y lleva consigo esa culpa donde quiera que vaya”²⁹.

Frente a la parálisis que le causa la única mujer que considerará su amor platónico, Gamboa, a solas, se recrimina por su falta de audacia, ya que para él “siendo muchacho debía ser arrojado, ¿acaso no lo era yo con las otras mujeres, las de la calle, las que incendiaban mi pubertad con su mirar canalla y sus modales provocativos?”³⁰, y este reproche lleva incluida su dosis de culpa (y es tanta que hasta alcanza para ellas), misma que podrá ser explicada (y a la par, rebajada) con argumentos que van desde “cuando admiro y cuando amo soy mudo”³¹ hasta “si [ella] me miraba, entonces sentía yo fenómenos extraños, que en vez de asustarme, me hacían pensar en cosas que ahora, a los tantos años, todavía me parecen muy serias”³².

Si la invitación para ensayar en el laboratorio de las pasiones carnales, para probar el sabor de la madrugada y los desvelos, así como para asomarse entre los bailes prohibidos y los sitios de peor fama, están vinculados al estadio de la juventud, tampoco es nada nuevo. Ignacio M. Altamirano, treinta años mayor que Gamboa, en su novela *Clemencia* (1869), ya aseguraba: “Éramos mexicanos y jóvenes, es decir, gente alegre, bulliciosa y amante de divertirse hasta en vísperas de morir”³³.

Sin embargo, hubo muchas voces que preferían destacar otras cualidades alrededor del concepto de juventud. Para el escritor José Tomás de Cuéllar (contemporáneo de Altamirano), la juventud bien podía ser vista como el reflejo de los éxitos o fracasos de la vida vivida, por corta que esta fuese, y de la educación recibida en el seno del hogar:

“En la infancia se forma el carácter, en la niñez se prepara el niño para la juventud, sembrando en su espíritu, los gérmenes que vayan a desarrollar en el joven la ciencia, la fuerza y la conciencia; y preparado así pueda el joven llegar a hombre sobrio, casto y fuerte, para poder ser útil a sí mismo, útil a sus semejantes, y alcanzar una vejez larga y dichosa. Pero si en la infancia la falta de educación, la ignorancia y el amor excesivo y extremoso, imprimen al párvulo un mal carácter y se lanza al niño después por el túnel de una instrucción enciclopédica y puramente didáctica, descuidando la parte educativa con relación a la moral y a las costumbres, saldrá al otro lado del túnel”³⁴.

Aunque Gamboa acepta que la educación durante la crianza y desde la familia de origen forman parte importante del proceso de formación de todo sujeto, plantea que los argumentos del tipo de Tomás de Cuéllar forman un discurso inútil, especialmente si lo que se pretende generar es una suerte de eco moral en la mente del joven varón, ya que parecen olvidar los adultos que el camino de la juventud es un recorrido que requiere el ignorar todas esas enseñanzas, o por lo

²⁹ Han, Byung-Chul, *La agonía del eros*, Madrid, Herder, 2014, p. 21.

³⁰ Gamboa, Federico, *Impresiones y recuerdos... op. cit.*, p. 37.

³¹ *Ibidem*, pp. 35-36.

³² *Ibidem*, p. 37.

³³ Altamirano, Ignacio M., *Clemencia*, México, Época, 2002, p. 38.

³⁴ Cuéllar, José Tomás de, *Los mariditos*, Barcelona, Hermenegildo Miralles, 1890, p. 226.

menos obliga a dejarlas a un lado para otras épocas, ya que en esa etapa el espacio interno es ocupado en su totalidad por una voz que promete mundos mejores, en tanto mundos diferentes a los habitados por la gente mayor, vieja o demodé, y que incita a conocerlos, so pena de ser exhibido como un timorato, incapaz o peor aún, un sujeto sospechoso de falta de virilidad.

No es dato menor decir que Gamboa utiliza su texto autobiográfico para hacer público el parricidio intelectual correspondiente. Para el joven diplomático, los novelistas consagrados (y se refiere a los novelistas de ayer) no le daban luces ni le ayudaban a iniciar el camino de la vida como escritor: “No eran de mi época; hablaban a la manera de los conocidos viejos de mi casa, los que con mis padres lamentaban el desaparecimiento de tiempos mejores y marchitos”³⁵.

Además, ya en su primera novela larga, *Apariencias* (1892), Gamboa deja ver algunas de las ideas de lo que significa ser joven, pero lo que destaca aquí es la saña con la que tiñe sus comentarios respecto de aquel varón que, siendo ya un viejo, quiere hacerse pasar por un joven. La burla, la exclusión o el desprecio social son algunos de los castigos posibles para aquellos que, dada la evidencia física y social de ser un adulto mayor, osaran querer volver atrás. Como señala Gamboa: “Las canas [...] son un arma de dos filos [...], pueden ser lo más respetables o lo más grotesco”³⁶, y se refiere al hecho de que el personaje de don Luis, abogado cincuentón, anduviera en amoríos con una mujer mucho más joven que él; hecho que rompía con la reputación del otrora hombre serio y digno de admiración.

El Nigromante (Ignacio Ramírez) también parece compartir algunas de estas ideas, nada más que lo hace unos años antes que Gamboa (exactamente en 1855). Para Ramírez, las mujeres tampoco están exentas del pecado de las suplantaciones: “No me ocupo de la niña ni de la cincuentona que quieren parecer jóvenes, porque la primera es una fastidiosa y la segunda una demente”; más aún, el haber traspuesto los papeles autoriza a que alguien señale el hecho y de paso lo condene: “Detesto con todo mi corazón en materia de coquetería y de amores, lo prematuro y lo póstumo. Hay una pena para los goces inmaturos, y debe haber otra para los goces de ultratumba”³⁷.

Por todo ello, para el confeso, las consignas, advertencias o súplicas de los mayores respecto al ejercicio de la sexualidad o al del cortejo eran palabras necias en oídos sordos: “Algo interior nos asegura que por allí han pasado y pasarán todos, y aunque la moral casera, la que nos ha nutrido desde niños, repruebe el hecho, encogemos los hombros”³⁸; y este gesto, que pretende ser casual, recuerda que todo aquello que huelga a infancia deberá ser rechazado, ya que si lo que se busca es graduarse de “hombre”, deberá tirarse todo el lastre que se trae desde la cuna. Además, la repetición del hecho es en sí mismo la garantía de su efectividad y la autorización para su permanencia.

³⁵ Gamboa, Federico, *Impresiones y recuerdos... op. cit.*, p. 219.

³⁶ Gamboa, Federico, *Novelas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 90.

³⁷ Ramírez, Ignacio *et al.*, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, Porrúa, 1974, p. 136.

³⁸ Gamboa Federico, *Impresiones y recuerdos... op. cit.*, p. 137.

El autocontrol, tan apreciado en algunos escritos de la época, especialmente desde ciertas miradas pequeñoburguesas (como ejemplo más terminado están los manuales de urbanidad y buenas costumbres), no es para este caso la virtud más apetecible. Por el contrario, el deseo y el placer están rodeados de un aura tan brillante que son capaces de silenciar las voces que alertan de peligros, así como de cualquier consejo que pretenda suspender la experiencia del joven: “El recuerdo está demasiado vivo, aún tenemos impresas las facciones de la amante, el eco de su voz, sus promesas, y nos sentimos atraídos, vencidos antes de luchar”³⁹.

En los terrenos de la pasión, Gamboa asume que al ser joven puede y debe probar las manzanas que aparezcan frente a sus ojos, a pesar de estar prohibidas, o quizás precisamente por ello, aunque ello implique paladear “el acíbar de la infidelidad” directamente de ese tipo de mujer definida por la tramposa dicotomía conceptual:

“¿Quién me mandó querer a una mujer descarriada?, pero vaya usted a meterse en filosofías, a decirle al corazón que no quiera, cuando la juventud nos impone sus exigencias [...] ¿Que es cosa de la edad? Ya lo sé, y por lo tanto disculpable. No haya cuidado, la ilusión ha de desvanecerse más pronto de la que deseáramos, y el desencanto anticipado, el más espantoso de todos los castigos, vendrá a quitarnos una venda que no debiera perderse nunca”⁴⁰.

No sorprende que Amado Nervo, contemporáneo de Gamboa, escriba: “La juventud no está hecha para pensar, sino para amar, para emprender, para luchar. El pensamiento es función de la madurez, como la manzana es fruto de octubre”⁴¹. Otro de la cuadrilla, Ciro B. Ceballos, al recordar sus aventuras de juventud en el parque de la Alameda (Ciudad de México), deja ver los mismos fantasmas: “Allí conocimos a nuestra amante primera; allí comenzamos a ser literatos; allí tuvimos los primeros amigos; allí principiamos a sentir los humanos rencores; allí comenzamos a ser perversos, por empezar a ser hombres”⁴².

Dentro de las costumbres asociadas a la juventud, además de las aventuras con mujeres, aparece el consumo de alcohol, tópico que también forma parte de las diatribas de los hombres de ciencia, los juristas, los periodistas o los intelectuales de la época. Julio Sesto asegura: “Lo del alcoholismo en México [...] hace bastantes destrozos en la clase media, que es, en la nación, la clase en que radica las mejores energías vitales, y es, por su cultura y abnegación, modelo de dignidad”⁴³. Aurelio Garay, en su minarete, *El Diario del Hogar*, escribe el 14 de marzo de 1886: “Los bailes de máscara en el teatro Nacional, Hidalgo y Arbeu han tenido esa animación que da la gente de bronce, producida no precisamente por la alegría de Momo, sino por la de Baco”. Rubén Darío, en su propia reconstrucción de los hechos vividos, asume: “Claro es que

³⁹ *Ibidem*, p. 137.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 136-138.

⁴¹ Nervo, Amado, *Obras completas*, México, Aguilar, 1991, p. 963.

⁴² Ceballos, Ciro, *Panorama Mexicano. 1890-1910 (Memorias)*, México, UNAM, 2006, p. 223.

⁴³ Sesto, Julio, *El México de Porfirio Díaz. Hombres y cosas. Estudios sobre el desenvolvimiento general de la República mexicana. Observaciones hechas en el terreno oficial y en el particular*, Valencia, F. Sempere y compañía editores, 1910, p. 233.

mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías. Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud⁴⁴.

Rubén M. Campos bautiza a los intelectuales y artistas vencidos por el alcohol como las víctimas del bar, y aclara que dentro de los concurrentes había muchos jóvenes, muchos “ociosos para quienes la vida sonrío [...] No saben que el alcohol que [...] fue un placer y un pasatiempo [...] con los años se convierte en una necesidad [...], en un vacío⁴⁵”.

A pesar de llevar una vida nocturna, parece ser que el asunto del alcohol en Gamboa no es precisamente una calamidad, pero sí una costumbre, o por decirlo de otro modo, parte del paquete por ser joven y, por lo tanto, de vivir noche a noche entre “las mujeres locas de cuerpo”, como las llamaba Edmundo de Goncourt⁴⁶. Muchos años después de publicada su autobiografía, Gamboa anota en uno de sus diarios (que no alcanzará a ver publicado) que al llegar a una cena en el café El Cansino (Habana, Cuba), frecuentando por bohemios del rumbo, le insisten en que los acompañe con una copa, a lo que el diarista se pregunta (3 de mayo de 1917): “¿Y qué más he de tomar que una envidiaza, que les confieso de verlos tan contentos? ¡Ah!, para mí ya se agotó ese líquido, que mucho apuré cuando joven, y aun después⁴⁷”.

Las aventuras nocturnas durante su juventud tienen dos lados. El primero es el de la tertulia burguesa, entre intelectuales, divas (extranjeras y nacionales), periodistas y por supuesto jóvenes, que una vez a la semana se reúnen (de seis a diez de la noche) para charlar, bailar o simplemente convivir, al amparo de la sombra de lo que aquella sociedad suponía era un salón parisense o una reunión para tomar el té a la inglesa⁴⁸.

El otro es el lado oscuro de la luna. Bajo el título “Ignorado” (capítulo VIII), Gamboa regala una estampa mucho más ruidosa, alejada de las llamadas buenas costumbres y con personajes (masculinos y femeninos) que no eran precisamente la mar de virtuosos ni ejemplo de esa ciudadanía que estaba obligada a llevar al país a sumarse al resto de las naciones civilizadas. El nombre del pianista Teófilo Pomar sirve en este caso como un guía y compañero para Gamboa en los sitios de dudosa reputación (los bailes públicos), pero también funciona como otro ejemplo de juventud y supuestos: “Joven, libre y con dinero, [Pomar] encontró un cariño y se hundió en él, dejando a un lado las preocupaciones burguesas, que empequeñecen los impulsos nobles y ridiculizan los nobles sacrificios⁴⁹”.

⁴⁴ Darío, Rubén, *La vida de Rubén Darío, escrita por él mismo*, Barcelona, Maucci, 1913, p. 167.

⁴⁵ Campos, Rubén M., *El Bar. La vida literaria de México 1900*, México, UNAM, 1996, p. 192. En la lista aparecen varios jóvenes que, si bien pudieron o no morir directamente por causas del alcohol, sí que aparecen como representantes de esas testas absorbidas por el exceso, como el escritor Bernardo Couto Castillo (muerto a los 21 años), el ilustrador Julio Ruelas (muerto a los 37), el escritor Manuel Gutiérrez Nájera (muerto a los 36) o el músico Felipe Villanueva (muerto a los 31), entre muchos otros más.

⁴⁶ Goncourt, Edmundo de, *La ramera Elisa*, Madrid, Editorial Ágata, 1995, p. 37.

⁴⁷ Gamboa, Federico, *Mi diario VI (1912-1919)*. Mucho de mi vida y algo de la de otros, México, CONACULTA, 1995, p. 463.

⁴⁸ En *Impresiones y recuerdos* está detallado en el capítulo VI: “Un salón artístico”.

⁴⁹ Gamboa, Federico, *Impresiones y recuerdos... op. cit.*, p. 133.

La entrada al mundo de la diplomacia le regala a Gamboa la oportunidad de conocer Europa, particularmente Londres y París, las cuales serán retratadas en la autobiografía con sombras de mujeres. Y por supuesto, a través de la mirada de un joven que decide, en compañía de otro igual (Emilio Pimentel), conocer “lo serio por la mañana y por la tarde, lo alegre por las noches”⁵⁰. París, en particular, será la encargada de enseñarle desde los museos hasta los frenéticos bailes del can-can, sin olvidar a la policía secreta “implacable y delatora”, constituida básicamente por varones hispanoamericanos, maduros y casados, quienes reconviene al joven cada vez que pueden, especialmente por sus muchas correrías nocturnas, o por “que bebió cerveza en tal parte y estornudó en tal esquina y salió matrimoniado de tal baile ¿a dónde va usted a parar?”⁵¹.

La mujer que hará de París una anécdota no puede más que llamarse Margarita (sin el Gautier): diecinueve años, prostituta y amante fugaz de Gamboa, le regala una que otra lección, la principal, que callar siempre es una buena opción. Ella llora en su primer encuentro, y Gamboa cede “a este maldito escepticismo que nos esclaviza a todos los jóvenes de hoy”, y duda si el llanto brota por exceso de alcohol o por “un deseo bastardo de sacarme más dinero”, pero de todos modos lanza la ingrata pregunta: “¿Pero por qué lloras así? ¿Estás enferma, enamorada o necesitas dinero?”. Ni tarde ni perezosa, la chica, con más horas de calle que el joven burgués, le responde: “¿Y crees que si necesitase dinero te lo pediría llorando?”, y lo hace con el tono correcto, tanto, que el principiante de diplomático asume su brutalidad: “Me sentí en ridículo, de sobra en la estancia y mientras me despedía, la satisface en todos los tonos; hasta suprimí el tuteo”⁵².

Para el escritor mexicano, la juventud era un supuesto del cual podía asirse durante la exhibición de su pretérito reciente y escogido. Pero el autor se cuida de que toda la narración autobiográfica pueda ser leída como una declaración de principios, en la que intenta dejar claro que, si pecó, si cayó, incluso si sufrió, fue por esa consabida conjugación de edad, falta de guías y rectores de su comportamiento, y por su temperamento fogoso —que él definía como una “juventud curiosamente enfermiza de latino”⁵³—, pero que, gracias a la literatura, la diplomacia y las amistades cultivadas, especialmente en su periodo argentino, le permitieron brincar los escollos y encontrar un camino con futuro y presencia, el cual no podía ser otro que el de *homme de lettres* y diplomático.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 281.

⁵¹ *Ibidem*, p. 305.

⁵² Todas las citas del párrafo: *Ibidem*, p. 309.

⁵³ Gamboa, Federico, *Mi diario, primera serie III*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1920, p. 430.

4. Algunas reflexiones

Si bien durante su etapa activa Gamboa fue un escritor reconocido y leído, será después de que comience el movimiento revolucionario (1910), y especialmente a raíz de su exilio (1913-1919), que la mala fama caerá sobre él y su obra. El pecado principal que se le adjudica es el de ser un admirador de Porfirio Díaz, y se le aumenta el de haber formado parte del gabinete del muy denostado Victoriano Huerta (presidente de México de 1913 a 1914, considerado un usurpador y asesino). Así, los cuarenta y cinco días en que Gamboa estuvo al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores (del 11 de agosto al 24 de septiembre de 1913), bajo las órdenes de Huerta, fueron suficientes para incluirlo en la lista negra de los enemigos de la guerra civil más famosa de la historiografía mexicana. Incluso lo que puede considerarse el mejor elogio, al nombrarlo el creador del “primer *best seller* mexicano [...] [y] al mismo tiempo su contrario: el *long seller*; el libro que continúa leyéndose a lo largo de muchos años”⁵⁴, aparece como un estigma: autor de una sola novela (*Santa*, 1903).

Pensar que Gamboa fue el único escritor / empleado de gobierno que le tocó vivir ese período de más de treinta años que ha trasmutado en epítome, o que la vida (la que vale la pena estudiar) de este memorialista comenzó en 1876 y terminó en 1911, implica olvidar su obra dramática, dejar a un lado lo mucho que dice su obra narrativa sobre el amor, el adulterio o las pasiones entre hombres y mujeres, sus muchos artículos en periódicos y revistas (tanto en el siglo XIX como en el XX), la nutrida correspondencia que mantuvo con intelectuales de la época, y especialmente la labor continuada y sistemática de sus diarios (de 1892 a 1939), en la que registra desde los avatares y experiencias que vivió por los cargos que desempeñó dentro del Servicio Exterior Mexicano⁵⁵; como los cinco años que pasó en el exilio (EUA y Cuba), su vuelta a casa, las dificultades que tuvo para reinsertarse en su país de origen, los grandes y pequeños acontecimientos en México y en el mundo, o sus vivencias del día a día.

José Emilio Pacheco piensa que Gamboa es “un desarraigado geográfico que en la sociedad porfiriana encuentra un sitio”⁵⁶, y tiene razón, pero esto no es una condena en firme, es una reflexión que sitúa al personaje en un lapso de la historia, y si bien es cierto que en esos años sus obras narrativas se nutrieron de los distintos modelos de comportamiento de la clase media circulante y que durante buena parte de ese tiempo Gamboa cosechó parte de los frutos, en ningún momento es el fin de su historia. Gamboa, más allá del año de 1911, y más allá de

⁵⁴ Gamboa, Federico, *Mi diario I (1892-1896). Mucho de mi vida y algo de la de otros*. José Emilio Pacheco (intr.). México, CONACULTA, 1995, p. xvi.

⁵⁵ Como diplomático, Gamboa vivió año y medio en Guatemala (1888-1890), dos años y medio en Buenos Aires (1891-1893), otros dos años y medio en Guatemala (1899-1902), Washington por cantidad similar (1903-1905), en octubre de 1905 regresó por tercera ocasión a vivir en Guatemala y se quedó hasta 1907; salió por última ocasión en 1911 a Europa (España y Bruselas) y regresó a México en 1913.

⁵⁶ Federico Gamboa, *Mi diario I... op. cit.*, p. xiv.

las adaptaciones de sus obras al cine⁵⁷ o de sus experiencias en el ámbito universitario de la época como profesor, habrá de continuar con su papel de testigo y mensajero, registrando en sus diarios los sucesos, las reflexiones, las ideas y los sujetos durante veintiocho años más.

Comprendo que tanto la obra narrativa como la memorialista de Gamboa permite acercarse al porfiriato, sea en datos, reflexiones, posturas y comentarios. Pero suponer que el escritor, fuera de la esfera de ese período historiográfico haya dejado de existir o de resultar atractivo para el estudio y el análisis, es reducir a cero las muchas posibilidades de un diarista que dejó constancia por escrito de su existencia y la de un país en más de tres mil folios. “Escritor es aquel que revela y se revela inevitablemente a través de la palabra escrita”⁵⁸, piensa Calasso, y entre la prosa de Gamboa pueden develarse muchas cosas, prueba de ello son la cantidad de análisis que continúan llevándose a cabo desde diversos ámbitos⁵⁹.

En los textos memorialistas que legó puede entreverse la educación sentimental de un sujeto o los procesos de formación y transformación de un individuo, pero también aparecen las figuras intelectuales y artísticas de una época, o los conceptos, los deberes y las características que solían asociarse a los géneros, así como las dinámicas sociales, ya fueran estas del llamado mundo intelectual, como las prácticas populares o los hábitos de una cierta clase social.

Impresiones y recuerdos habla de las experiencias de una persona en particular, pero también de una cultura; de formas de ver la vida; de experiencias que forman, que generan conocimiento o modifican conductas, que articulan acciones o tomas de decisiones de quien narra. En todo momento la narración se enfoca en un sujeto, en la educación sentimental de este y en la posición de un escritor que utilizó el concepto de juventud como mejor carta de recomendación para aventurarse al mundo, y como evidencia irrefutable de por qué había transitado en los terrenos definidos como prohibidos y peligrosos.

Si se consulta todo el corpus memorialista puede decirse que para Gamboa existen tres momentos que delimitan la juventud de la madurez: a) Cuando se adquieren ciertas responsabilidades laborales (frente a su nombramiento como diplomático, dice: “Mi vida

⁵⁷ Cuatro obras de Gamboa fueron llevadas a la pantalla. Novelas: *Santa*, en seis ocasiones (1918, 1932, 1943, 1949, 1969, 1991); *Suprema ley*, una en 1937; *La llaga*, en dos ocasiones (1920, 1937). Teatro: *Entre hermanos*, una en 1945.

⁵⁸ Calasso, Roberto, *La Folie Baudelaire*, Barcelona, Anagrama, 2011, p. 75.

⁵⁹ He localizado una cantidad considerable de artículos de investigación que toman como eje el trabajo o la vida de Gamboa. En el ámbito de los trabajos de fin de curso para el máster o de las tesis doctorales es fácil encontrarlo desde 1930 hasta el año 2014. Como ejemplo: Woolsey, A. W., *The Novels of Federico Gamboa*, trabajo fin de máster, Universidad de Texas, 1930; Menton, Seymour, *The Life and Works of Federico Gamboa*, tesis doctoral, New York University, 1952; García Barragán, Ma. Guadalupe, *Federico Gamboa et le Naturalisme*, tesis doctoral, Université de Paris Sorbonne III, 1971; Sedycias, João A., *Crane, Azevedo and Gamboa: A Comparative Study*, tesis doctoral, University at Buffalo, 1985. Libros sobre la vida y obra de Gamboa los hay desde 1909 (Viramontes, Leonardo S., *La novela en México y el realismo en el arte. A través de Reconquista, último libro del Sr. D. Federico Gamboa*, México, A. Carranza e hijos, 1909), hasta este siglo XXI, en Alemania (Kurz, Andreas, *Die Entstehung modernistischer Ästhetik und ihre Umsetzung in die Prosa in Mexiko. Die Verarbeitung der französischen Literatur des fin de siècle*. Amsterdam, Rodopi, 2005) o Estados Unidos (Chasteen, John Charles (translated and edited), *Santa: A Novel of Mexico City by Federico Gamboa*, USA, University of North Carolina Press, 2010). En México, de entre muchos trabajos, menciono el de Gutiérrez, Harim, *En el país de la tristeza. Las misiones diplomáticas de Federico Gamboa en Guatemala*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2005 o el de Sandoval, Adriana, *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una antología general. Federico Gamboa*, México, FCE, UNAM, Fundación para las Letras Mexicanas, 2012.

tenía que transformarse, tomaba otra faz, perdía mi juventud con sus independencias y sus irresponsabilidades, con todos los encantos de los 20 años⁶⁰); b) Cuando se viven experiencias traumáticas o dolorosas (al volver de la estación de tren, después de decirle adiós a su última amante, escribe: “Tristísimo he regresado a la ciudad, como regresamos de los cementerios cuando en ellos dejamos para siempre algún ser querido. ¡Y vaya si quería yo a mi juventud!”⁶¹); c) Cuando se realiza el acto público del contrato civil: el matrimonio (a catorce días de cumplir 33 años de edad: “A vuelta de muchas reflexiones, asesto a mi juventud el tiro de gracia. Hoy me presenté en el Registro Civil para contraer matrimonio, y el mes entrante seré un hombre casado”⁶²; y d) Cuando la edad biológica comienza a despedirse de los treinta, como lo reflexiona sobre del protagonista de la novela *Metamorfosis* (1899): “Si no viejo con sus cuarenta años, sí se sentía en los lindes de la vejez, gracias a lo mucho y de prisa que había vivido”⁶³.

La continua exploración de la idea de juventud será una suerte de niebla que flota en casi todos sus diarios. Ejemplo: Gamboa, al encontrar a su criado en “dulces coloquios” con una mujer, misma que fue echada a la calle, él, en “cómica seriedad”, tiene que actuar el papel de jefe que amonesta al empleado, sin embargo, se pregunta: “¿Qué diablos voy a reprochar a un mocetón de dieciocho años, que disfruta de su juventud en donde puede?”⁶⁴.

Pero si el mismo corpus, y en especial la autobiografía, son leídos con detenimiento se verá que, salvo el último punto, el de la edad, todos los demás pueden ser modificados según sea el caso, la anécdota o el suceso. Ser joven para Gamboa era, más que una cuestión biológica o una definición desde la medicina o la sociedad, una etapa de la vida que conjugaba la posibilidad de hacer, la obligación de explorar y la necesidad de ser en cantidades siempre ajustables a las necesidades del momento. Esto puede entenderse como el resultado de una serie de valores, ideales y prejuicios, compartidos por una gran parte de la población, tanto masculina como femenina, y puestos a trabajar bajo la sombrilla de la cultura de la época. Otro camino para el análisis es asumir este tipo de textos como “un buen ejemplo [...] de lo que podrían ser las formas tradicionales de transmisión de ese saber de experiencia que tiene que ver con lo que somos, con nuestra formación y nuestra transformación”⁶⁵.

No está de más recordar que el viaje que inicia un texto es siempre difícil de precisar, pero que, al momento de entrar en contacto con un lector, puede crear un mundo paralelo. Para este caso, sirva como muestra una anotación del diario de Gamboa, en el cual comenta que su sobrino, de viaje para Europa, “vio en la biblioteca del barco algunos ejemplares de mis *Impresiones y recuerdos*, y que los oficiales del vapor los recomendaban a los pasajeros”⁶⁶.

⁶⁰ Gamboa, Federico, *Impresiones y recuerdos...* *op. cit.*, p. 165.

⁶¹ Gamboa, Federico, *Mi diario, primera serie II*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1910, p. 56.

⁶² *Ibidem*, p. 57.

⁶³ Gamboa, Federico, *Novelas...*, *op. cit.*, p. 507.

⁶⁴ Gamboa, Federico, *Mi diario, primera serie I...* *op. cit.*, p. 103.

⁶⁵ Larrosa, Jorge, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre la literatura y formación*, México, FCE, 2003, p. 37.

⁶⁶ Gamboa, Federico, *Mi diario, primera serie II...*, *op. cit.*, p. 45.

Parafraseando a Luis Cremades, vale la pena preguntarse si Gamboa pretendía con su autobiografía “hacer una defensa de la inmadurez como exploración de las posibilidades creativas”⁶⁷, o si simplemente buscaba llamar la atención de los lectores, especialmente de aquellos que como él utilizaban el membrete *homme de lettres*. O quizás Gamboa, un asiduo lector de los papeles personales —no solo del famoso diario de los hermanos Goncourt, como suele señalarse, sino también de la correspondencia de Flaubert, Stendhal o los diarios de Heine, entre muchos otros más— encontró en este tipo de ejercicio narrativo una oportunidad para cimentar su identidad.

De cualquier forma, *Impresiones y recuerdos* es un documento testimonial desde el cual se puede estudiar el proceso de formación de un individuo, de esos ritos de carácter iniciático que le permitieron a Gamboa transformarse (o al menos argumentar la transformación) de periodista y joven bohemio a hombre de letras y diplomático. Pero también es una fuente rica en detalles y matices, en la cual muchos hábitos y rituales de la sociedad mexicana finisecular se asoman más de una vez, pues esta clase media se aferra a creer en el progreso y en la ciencia, mientras que gestiona la esperanza de integrarse al mundo civilizado, para obtener así el certificado de mayoría de edad; y en medio de todo ese barullo, establece una moral pública, la cual, como señala Escalante Gonzalbo, “no tiene fronteras bien definidas, pero sí un núcleo reconocible: es la solución colectiva, histórica, para los problemas de autoridad, jerarquía, justicia y coexistencia pacífica en sociedad”⁶⁸, solución que comprende los atenuantes (de nueva cuenta, diferenciados por sexo, etcétera) para ciertos comportamientos, especialmente si estos posteriormente fueron rectificadas o públicamente ventilados en un mea culpa.

Néstor Braunstein propone: “Somos los costureros y los encuadernadores de nuestras vidas. Con recuerdos nos vestimos... o nos disfrazamos”⁶⁹. Pero vestirse y disfrazarse en una autobiografía terminan siendo territorios compartidos. Por muy loable que sea la intención de contar la verdad, el resultado es siempre el mismo, ya que, en la reinterpretación del suceso, en el que puede creerse vestido en algunos momentos o disfrazado en otros, lo que importa es la forma en que se hilvana el discurso para construir historias con un cierto grado de coherencia o, al menos, entretenidas.

En cualquier caso, la narrativa construida a partir de recuerdos (evocados en un presente) es una declaración de intenciones. En una autobiografía todo está listo para ser exhibido, todo es un gesto, y como bien dice Henri Bergson: “El gesto, celoso de la palabra, corre continuamente detrás del pensamiento y solicita servirle también de intérprete”⁷⁰. La autobiografía de Gamboa, en este sentido, está llena de gestos, y muchos de estos transmiten el mensaje de que la juventud puede ser una etapa de tránsito llena de peligros, pero que dados los consentimientos que

⁶⁷ Molina Foix, Vicente y Luis Cremades, *El invitado amargo*, Madrid, Anagrama, 2014, p. 105.

⁶⁸ Escalante Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana: tratado de moral pública*, México, COLMEX, 2005, p. 40.

⁶⁹ Braunstein, Néstor, *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia*, México, Siglo XXI, 2010, p. 11.

⁷⁰ Bergson, Henri, *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico*, Buenos Aires, Losada, 2003, p. 22.

acompañan a dicha etapa, la invitación para aprender un poco el arte del funámbulo no es opcional. La juventud será así un laboratorio en el que se obtendrán anécdotas, lecciones y en donde se fijarán las armas (y por qué no, también los prejuicios), para que el futuro adulto enfrente al mundo.

José Emilio Pacheco, uno de los mejores lectores y críticos de la obra de Gamboa, está convencido de que *Impresiones y recuerdos* es “un testimonio inapreciable de lo que significó ser joven en el México de los primeros años porfirianos [...]: estas viejas páginas de adolescencia, estas jóvenes memorias de ultratumba”.⁷¹ Y a mí me place suscribir las palabras del poeta.

⁷¹ Gamboa, Federico, *Mi diario I... op. cit.*, p. XII-XIII.